

SERMÓN DE LAS 7 PALABRAS

Parroquia de la Merced. Viernes 3 de marzo de 2023

Estimados miembros de la Hermandad sacramental y Cofradía de Nazarenos mercedarios del Santísimo Cristo de la Merced, Nuestro Padre Jesús en su Soberano Poder, María Santísima de la Quinta Angustia y Nuestra señora de la Merced,

Un saludo cordial al Hermano Mayor Don Rafael Jaén Toscano y su Junta de gobierno, estimadas autoridades:

He oído casi cada año el Sermón de las 7 palabras, es decir de las últimas 7 palabras que Cristo dijo en la cruz antes de morir. La primera es de cuando lo estaban clavando en la cruz y las demás de cuando estaba ya colgado. De cada frase, el predicador hace un comentario que ayude a los fieles a zambullirse en las últimas horas de la vida de Jesús en el Calvario, a fijar la mirada de todos en la extraordinaria personalidad de Jesús, el cual vivió una vida sorprendente, juiciosa, cercana, intensa... en fin faltan palabras para describirla, pero también vivió la tortura y la muerte en el calvario de una manera tan extraordinaria e intensa como fue su personalidad.

Yo, sin embargo, voy a hacer poco comentario. Voy a intentar bajaros tierra tierra y zambulliros en la vida real, de marzo de 2023, e intentar vivir las 7 palabras de los últimos instantes de la vida de Jesús contemplando imágenes de la vida real, del cada día hoy, con ejemplos que yo mismo he vivido y que hacen parte de mi biografía. Ellos alimentarán nuestra oración y nos ayudarán a recorrer el camino de cuaresma que iniciamos hace unas semanas con la imposición de las cenizas el 22 de febrero.

Después de cada palabra diremos todos juntos:

“Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido el mundo”. Y haremos unos instantes de silencio.

1.- La primera palabra es:

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” en (Lc 23,24)

Recordad que han tendido a Jesús sobre los palos de la cruz que él mismo ha subido por la Vía dolorosa y varios soldados del ejército romano han cogido clavos de muchos centímetros y le están atravesando las manos o

las muñecas para clavarlo a la cruz. Recordad, como decía antes, la extraordinaria personalidad de Jesús pues, ante esta tortura, ninguna palabra de llanto, o de insulto, o de injuria, o de ofensa que neutralizara la profunda humillación de la crucifixión, sale de su boca. Está desnudo delante de sus torturadores. **Humillado y con calambres tetánicos que le atraviesan el cuerpo.** Simplemente dice ese maravilloso, único, irrepetible: **“Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen”**. ¡¡Palabras de perdón!!

Una vez en mayo de 2017 fui con dos de mis curas, en plena selva, a recoger tres cadáveres de soldados de la ONU, que habían sido secuestrados por un grupo de niños indeseables. Los encontramos armados hasta los dientes, medio drogados. El jefe tendría veintitantos años, pero la tropa estaba entre 13 y 17. Niños y adolescentes. Temblando de miedo, negociamos de llevarnos los tres prisioneros a la base de la ONU. Nos amenazaron. Sólo una hora después bajó la tensión y accedieron a mostrarnos el foso de los prisioneros en la selva. Entonces empezó a oler mal y un revoltijo de moscas nos rodeó sin piedad. Cuando llegamos allí no había tres cuerpos: había pedazos de cuerpos esparcidos, desmembrados, decapitados, con el rictus de la tortura y la muerte en sus ojos vacíos. Les dije a mis curas que trajeran el coche, que nos lleváramos todos los restos a la base de Bangassou, y lo más pronto posible. Miré al grupo de asesinos y ya nadie sostuvo mi mirada. Niños de 13 años... Habían decapitado esos cuerpos por el simple hecho de matar. Los habían desnudado. Adolescentes huecos, ya traumatizados, **ebrios de droga y alcohol como los soldados del Calvario.** Niños con ojos privados de vida, con la consciencia ya contaminada. Entonces fui yo quien dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Todos decimos: “Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido el mundo”

2.- “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,43)

Junto a la cruz de Jesús colgaron también a dos condenados. Si habéis visto la película “La pasión” de Mil Gibson os podéis hacer una pálida idea de lo que fue aquel horror. Lo hemos oído tantas veces que hemos normalizado casi banalizado lo que allí pasó. **Pero aquello fue una salvajada.** La cuaresma nos invita a bucear en cada palabra que allí se dijo y a contemplar

en silencio la reacción de Jesús, de su Madre, de los soldados, de los sacerdotes judíos, de la gente que pasa y se pone de perfil. Entonces uno de los condenados se encara con Jesús. El otro reo le dice que Jesús es inocente, que ellos son culpables, pero que Jesús no ha hecho nada para estar muriendo en una cruz. Es entonces cuando se dirige a Jesús con palabras que nos dejan boquiabiertos: “Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. Y Jesús le responde con la segunda palabra de este sermón: **“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”**. Así, ese reo se convirtió en el primer salvado por la sangre del Maestro, el primer invitado en el Reino de los Cielos.

Recuerdo una vez, en nuestro hospital de la diócesis de Bangassou llamado “El buen samaritano”. Traían a una mujer de 34 años en una carretilla, una enferma en fase terminal muriéndose de Sida.

Esta mujer era un esqueleto de 40 kilos que fue acogida por el personal del centro, la puso en pie, la lavó con jabón de aceite perfumado, la tendió entre sábanas y empezó a alimentarla con una botella de suero salino al 5%... La religiosa que dirigía el centro le dio ánimos, le acarició las manos y le dijo:

- “María, abre los ojos que los ojos son para ver. Mira a tu alrededor, mira la belleza de la selva que nos envuelve, mira tus hijos, tienes aún vida por delante...

María siguió con vida unos cuantos días hasta que la vida se le fue yendo a cámara lenta. La monja le decía cada día:

- “María, lucha un día más, abre los ojos y mira a los tuyos, que Dios nos dio los ojos para ver...” y María le respondía susurrando:

- “Ma soeur, es verdad que Dios nos dio los ojos para ver, pero también nos dio los párpados para cerrarlos”. Y yo pensé:

“Ánimo, mi niña, que hoy estarás con el Señor en el Paraíso”

Todos decimos: “Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido el mundo”.

3.- La tercera palabra es doble: “Madre, ahí tienes a tu Hijo; Hijo ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,26)

Jesús se fija en el desconsuelo de su Madre, que se ha acercado a la cruz apoyada en San Juan, que la mantenía en pie. La muerte se acercaba brutalmente y **Jesús siente el cariño de su Madre**. Sacando fuerzas de flaqueza, en la posición tan incómoda en que estaba, apoyando su cuerpo sobre el clavo de los pies para poder subirse unos centímetros, coger aire y hablar dice a su Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo; Juan, ahí tienes a tu Madre” y **desde aquel día Juan se ocupó de ella como de su propia Madre**.

Un día, en la misión de Nzacko traen una **madre embarazada de 9 meses en los dolores del parto**. Eran de un pueblo vecino, la traían en parihuelas y una vecina la acompañaba. El parto venía mal, seguramente el niño venía de nalgas y era imposible darle la vuelta manualmente. La hemorragia era muy fuerte y en aquel pueblo no había nada, ni comadrona, ni vendas, ni guantes, ni desinfectante. Había un joven que había recibido un curso rápido de primeros auxilios, pero no sabía qué hacer. A la madre se le iba la vida por la hemorragia y respiraba cada vez menos. Una muerte a cámara lenta que nos embargaba a todos de tristeza. El feto empezó a dar patadas y a moverse, sintiendo que pagándose la vida de su madre se apagaba también la suya. Que el vientre de su madre se había convertido en una prisión para él. Menos respiraba la madre, menos fuertes eran las patadas que se notaban por los bultos que salían en el vientre hinchado de la madre. Hasta que ésta dejó de respirar y los allí presentes constataron su muerte. Entonces el aprendiz de enfermería cogió un cuchillo y abrió el vientre hinchado de la madre. Piel, grasa y músculo se fueron desgajando hasta llegar al útero de donde salió la cabeza pelada y grasienta del bebé. El aprendiz lo sacó, le cortó el cordón umbilical, le limpió la boca y la nariz y le dio un culetazo. Luego se lo dio a la vecina que acompañaba a la parturienta. **Al mismo tiempo que le decía: “Vecina, ahí tienes a tu hijo”**.

Yo solo tuve que decir por lo bajini: “Hijo, ahí tienes a tu madre”.

Todos decimos: “Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido el mundo”.

4.- “Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado” (Mt 27,46)

La cuarta palabra es enigmática por la desolación que ella envuelve, por la perplejidad en que nos deja cuando la oímos, por la incertidumbre que crea en nuestro ánimo.

Está Jesús recitando el salmo 22 que empieza justamente así: “Eloín, Eloín, lamma sabachtani?” El evangelio de Mateo dice que de las 12 a las 3 una espesa tiniebla se adueñó de todo, premonición de la tormenta que había de desatarse justo después de la muerte de Jesús. En ese ambiente de obscuridad, donde la respiración es fatigosa y el ambiente se enrarece, Jesús lanza ese grito. ¿Estaba recitando un salmo, o más bien estaba viviendo una fuerte noche oscura en donde ni el consuelo de la presencia de Dios llega a reconfortarnos? ¿Está viviendo **una experiencia de ausencia de Dios** en donde no se ve nada, no se comprende nada, más que la noche oscura que nos estremece y lleva el alma a una profunda soledad?

Hace pocos meses una mujer con 91 años pasó por ese trance. La muerte acechando un jueves santo, el Rescatado en la calle y ella agonizando. Quizá ella vivió también su noche oscura, su no comprender nada, su existencia abocada a un pozo oscuro, los pies llagados y la consciencia apagándose... Sea lo que fuera, **también se quejó en voz alta y dijo: “¿Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado?”** Os estoy hablando de mi madre y de las palabras que repitió poco antes de morir. Esas palabras la unieron talmente al Cristo del Calvario que se hizo una con El, los pies llagados de amor. Cristo la fue llevando por el camino de la angustia de aquel trance hasta la serenidad de la certeza de la resurrección. **El Cristo del Calvario sabe que la noche no es más que un día dormido que tiene que despertar.** Cuando dejamos de hablar con los nuestros, porque el corazón se para, seguimos hablando con Dios. Y el alma es como una gota de agua que destila y se hunde en el agua del estanque en donde cae. Porque después de “Eloim, Eloim...” llega la certeza de la resurrección, **de la cual** ningún ojo vio desde esta tierra, ni oído oyó, ni mente pudo jamás imaginar, lo que Dios tiene preparado para los que le aman. Mi madre, después de su nacimiento a la otra vida se encontró con Dios Padre y Madre, del que había vivido en esta vida, pero nunca había poder visto cara a cara. A Jesús también, después de su grito desesperado, le esperaba su Padre, y el inmenso océano de paz de la resurrección.

“Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa cruz has redimi...”

5.- “Tengo sed” (Jn 19, 30)

San Juan nos dice que Jesús dijo esto “para que se cumplieran las Escrituras”. Juan estaba recordando el salmo 69, cuando se habla de la condena de un Justo inocente, justamente el Jesús del Calvario, y de cómo le dieron a beber vinagre, que fue la respuesta de los soldados cuando Jesús dice eso. Clavaron una esponja en una lanza, la empaparon de vinagre y la pasaron por los labios de Jesús. **La humanidad de Jesús brilla en esta quinta palabra en el Calvario.** El que había ofrecido el agua viva a la samaritana, muere en la cruz teniendo sed. El que empezó su vida pública en el desierto durante el mes de las tentaciones y terminó teniendo sed, hoy la termina pidiendo de beber. **Humanidad en estado puro.**

Acabamos de vivir en directo las consecuencias del terremoto que asoló parte de Turquía y de Siria. Más 45.000 muertos. Les pilló en pijama, y hundió esos dos países en la más grande de las tribulaciones. Vimos en la televisión bloques de pisos que se derrumbaron unos contra los otros, paredes de cemento que aprisionaban a la pobre gente que quedaban emparedadas entre aquellos muros. No les dio tiempo ni de encomendarse, apenas abrían los ojos y veían un muro de cemento desplomarse sobre el piso donde vivían. Un derrumbe horrible que los sorprendió aquella noche del 6 de febrero. Vimos también, después de 30 o 40 horas o 10 días, algunos sobrevivientes que los humanitarios o los militares sacaban de unos agujeros pequeñísimos, la cara descompuesta después de horas de infierno emparedados como un sándwich entre bloques de cemento. Cuando en la ciudad de Gaziantep la televisión nos enseñó cómo sacaban a dos niñas de pocos años, en estado de chok post traumático, **una periodista relataba que la niña llamaba a su madre y que enseguida decía “tengo mucha sed”.**

Todos decimos: “Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido el mundo”.

6.- “Todo está cumplido” (Jn19,30)

Solo Juan recuerda esta penúltima frase de Jesús, será cierto porque él estaba bien presente. “Todo está cumplido” en ese contexto, yo lo interpreto como **una señal de victoria gloriosa, como diciendo: lo que tenía que hacer ya lo he hecho**. Aquello por lo que el Padre me envió y con fuerza del Espíritu de Dios tenía que hacer, la Redención para todos, ya lo he hecho. Aunque el Padre le enseñara las últimas cartas en el último momento, en Getsemaní, Jesús sale glorioso de la pasión, porque ya se está muriendo y en la noche de Pascua ya podremos celebrar su resurrección. Jesús se aparecerá primero a una mujer, Magdalena y luego a los Apóstoles. Jesús les hará saber, incluso en el extremo suplicio de la cruz, que su misión estaba cumplida.

Recuerdo un día de 2018 en el que toda la comunidad musulmana de Bangassou, unas 2000 personas, se había atrincherado en la mezquita y decenas de jóvenes salvajes les estaban disparando sin mirar si eran mujeres, niños o adultos. Pudimos llegar hasta la mezquita y ponernos como muralla humana para no mataran más gente. Pude entrar en la mezquita y la fila de cadáveres era larga. **El Imán, desesperado, me dijo que aquello era un crimen de guerra**, que había hecho de todo para que la gente se refugiara en la Mezquita sobre todo mujeres y niños, pero que no había podido parar la carnicería. Sacamos los cadáveres entre otro cura y yo, mientras el Imán daba coraje y leía versículos del Corán para calmar la histeria colectiva. Aquello duró tres días. Al tercero, cuando llegué a la mezquita anunciando que por la llegada de militares portugueses la agonía estaba terminando, el Imán me dijo que su vejiga estaba llena, que no aguantaba más. Pudoroso salió a un lado, pero ya la mezquita no le cubría de las balas. A dos metros de mí una bala le atravesó el pecho y allí mismo, todavía orinando, dio su último suspiro. Llevé el cadáver dentro. **Él también podía haber dicho “todo está cumplido”**, he luchado para que no muera más gente y por defender los más pequeños. **He hecho lo que tenía que hacer y ahora estoy ya en las manos de Allah.**

Todos decimos: “Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido el mundo”.

7.- La última palabra que dijo Jesús en la cruz antes de morir fue: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46)

Es una palabra muy conocida, la decimos los curas y las monjas cada día en **la oración las completas**. Cerramos el día diciendo Padre en tus manos me encomiendo justo antes de ir a dormir. La dice Jesús justo antes de morir, de pasar de este mundo al Padre. La dice mucha gente cuando viven un peligro grave, o cuando alguien de su familia vive una situación difícil. Es una frase muy utilizada.

Estaba yo hace dos años preparando las confirmaciones en una zona de alto riesgo donde se habían instalado los militares rusos de la Wagner. Justamente habían ocupado por la fuerza la misión católica y yo no tenía un sitio donde alojarme durante toda la semana. **Me dije que la misión católica era mi casa, la ocupara quien la ocupara** y pedí a los rusos que me liberaran una habitación solo para mí. Así lo hicieron. No obstante, las medias de seguridad muy estrictas que habían instalado en torno a la misión. Llegó el día y me recibieron en la puerta casi convertida en una barricada. Les dije en una frase en ruso que había aprendido: “Esta era mi casa” y se reían haciendo resonar sus cartucheras de balas de 10 centímetros. Me hicieron entrar con mis maletas en la misión y cerraron la puerta. Allí había una cantidad ingente de rusos armados que no me prestaron ninguna atención. Y yo me dije a mi mismo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Aquello era meterse en un auténtico avispero. Pero todo fue bien...

Todos: “Te alabamos oh Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz has redimido el mundo”.

Terminamos el sermón de las 7 palabras con un canto a María y una bendición.